



LOPE DE AGUIRRE, EL TRAIOR

6-174

Los que admiran, con admiración estética, a los grandes bandoleros de la historia, a las espléndidas bestias humanas que fuera de toda ley hicieron alarde de temple luzbeliano—que es un temple angélico—, a los grandes caracteres inmorales, deben leer en el volumen XV de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles—continuación de la de Rivadencyra, que es el tomo II de *Historiadores de Indias*—la «Relación verdadera de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado, que el gobernador Pedro de Orsúa fué a descubrir por poderes y comisiones que le dió el visorrey Marqués de Cañete, desde el Pirú, por un río que llaman de las Amazonas, que por otro nombre se dice el río del Marañón, el cual tiene sus nacimientos en el Pirú, y entra en el mar cerca del Brasil. Trátase ansimismo del alzamiento de D. Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre y de las crueldades de estos perversos tiranos.» La *Relación* está sacada del manuscrito J. 142 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Entre los tantos desesperados trágicos y demoníacos como nuestra raza española ha producido, pocos, si es que alguno, igualarán en grandeza infernal a este Lope de Aguirre, el *Traidor*, como él mismo se apellidaba, o el *Peregrino*. Así, con este apodo, firma la carta que en 1560 dirigió a Felipe II. El principio y el fin de la carta retratan a su autor. Empieza así: «Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible: Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Pirú, por valer más con la lanza en mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien...», y acaba firmando la carta así: «Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, el *Peregrino*.»

Asusta el número y la calidad de fechorías y feroces crímenes de Lope de Aguirre en esta segunda bajada de los españoles por el Amazonas, desde el Perú—la primera fué, como se sabe, la de Orellana en 1542—hasta que mató a su propia hija, «que mostraba quererla más que a sí, por no dejarla en el mundo sola e infamada como hija de tal, y la mató cuando vió que le iban a matar. Asusta el número y calidad de sus crímenes, pero maravilla la trágica y diabólica conciencia que de su maldad tenía. Era un desesperado de infamidad excelencia y de una profundidad enorme.

Entre las palabras que la lengua inglesa ha tomado de la nuestra española está, con *torero*, *siesta*, *pronunciamento* y otras, *desperado*, es decir, desesperado. Y la cosa debe de ser muy española cuando han tenido que tomar para expresarla un vocablo español. Y quien vuelva a leer atentamente el estupendo drama de Tirso de Molina *El condenado por desconfiado*, tanto más profundo que su otro drama *El burlador de Sevilla*, cuanto Paulo, el desesperado, el protagonista de aquél, es más profundo y estéticamente más grande que Don Juan Tenorio, el héroe del segundo drama, quien vuelva a leer esa joya de nuestro teatro verá al prototipo de Lope de Aguirre. Porque Lope de Aguirre fué, como el Paulo del drama de Tirso de Molina, un desesperado con clara conciencia de su desesperación. ¡Y que se diga que el drama del insigne mercenario no es más que una tesis teológica teatralizada, que su héroe no es de carne y hueso!

Lope de Aguirre, en efecto, no fué un criminal vulgar, instintivo, una pura bestia humana; fué más bien un ángel caído y demoníaco, un demonio, pero angélico. Angélico como Luzbel. No era la carne bruta, era el espíritu torturado el que le llevaba a sus atroces crímenes, era la desesperación.

Era de agudo y vivo ingenio para ser hombre sin letras—dice de él, de Lope de Aguirre, el autor de la susombrada *Relación*, quien se harta de llamarle perverso, tirano, diablo, traidor, etc. Al narrar su muerte agrega: «Y así fué su ánima a los infiernos para siempre, y dél quedará entre los hombres la fama que del malvado Judas para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que había nacido en el mundo.»

Pero no; ni ha quedado esta fama de él, sino que su nombre es casi olvidado hoy. Y con ello ha querido acaso Dios castigarle, ya que Lope, demoníaco espíritu del Renacimiento, encendido en torturador anhelo de dejar renombre de sí, fuera el que

fuere, solía decir «que a lo menos la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho quedaría en la memoria de los hombres para siempre, y que su cabeza sería puesta en un rollo para que su memoria no pereziese, y que con esto se contentaba». Y decía también querer irse a los infiernos, donde estaban Julio César, Alejandro Magno y otros bravos capitanes.

¿Fué sólo esta loca hambre de fama, este ardor de crostratismo, que en tantos condenados del *Infierno* del Dante se halla, fué sólo solamente lo que arrebató a Lope de Aguirre? No; había también la desesperación, la genuina desesperación del Paulo del drama de Tirso. «Decía este tirano algunas veces—nos dice el autor de la *Relación*—que ya sabía y tenía por cierto que su ánima no se podía salvar, y que estando él vivo, ya sabía que ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que había de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta el noveno cielo.» Por donde se ve que al crostratismo, a las ciegas ganas de fama, aunque fuese infame, uníase en Lope la genuina y castiza desesperación religiosa. Y no sin sus puntas y ribetes de luteranismo, con su doctrina

de la justificación por la sola fe y el *pecca fortiter* de Lutero. «Decía—añade su biógrafo—que no dejasen los hombres por miedo de ir al infierno de hacer todo aquello que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo y que no quería él los soldados muy cristianos y rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma a los dados.» Y a cada paso de la *Relación* se ve cuánto exasperaba a Aguirre todo lo que fuese cosa de frailes y aun de Iglesia. Y de uno de los compañeros a que mató, Miguel Verde, flamenco, dice Toribio de Ortiueira en su *Jornada del río Marañón*—que se halla en el mismo volumen al principio citado—que «algunos quisieron decir que este Miguel Verde era luterano». Otras veces hacía Aguirre profesión de desesperación religiosa, diciendo: «Ni creo en la fe de Dios, ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que no hay más de nacer y morir.» O «que no creía en Dios si Dios no era bandolero». O «Dios, si algún bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos».

Vese, sin embargo, en la *Relación*, que había quienes siguiesen y sirviesen a Lope de Aguirre y no sólo por miedo; ve en ella que aquel demonio de la desesperación despertaba admiración, acaso un infernal cariño, en sus secuaces; que éstos se percataban de la grandeza trágica del hijodalgo de Oñate, que fué al Perú como domador de potros—pues tal fué

allí su primer oficio—, se alzó luego contra su rey en las soledades del Marañón y acabó su vida en Borquisimeto el 27 de octubre de 1561.

¿Cómo se ha hecho el silencio en torno de este asombroso demonio, de este formidable ángel caído, de este trágico desesperado que pasó, fuliginoso meteoro, por la historia tormentosa de nuestra conquista del Perú y se ha perpetuado la memoria de otros, si no más grandes como caracteres, no menos repulsivos en el orden moral? ¿Será por la misma razón que el estúpido Don Juan Tenorio, y el de Zorrilla, no el de Tirso, ha oscurecido al Paulo de *El condenado por desconfiado*? Porque hay gentes que donde no ven sexualidad no ven pasión. Y Luzbel, Lucifer, el Ángel de la Luz, el gran Rebelde, no cayó por lascivia, no le hizo caer, atrayéndole con la carne, muy joven.

El alma torturada y tenebrosa de Lope de Aguirre, el *Peregrino*, el domador de potros, merece un estudio detenido. Tanto como la de Caín, o la de Judas, o la de César Borgia. El que escriba estos apuntes piensa hacerlo, pero le da miedo y vértigo.

Le da miedo y vértigo porque Lope de Aguirre era paisano suyo, de Oñate, villa muy cercana a la de sus padres y abuelos y en la misma provincia, y porque uno de sus tatarabuelos, el abuelo materno de su abuelo paterno, era un Aguirre. Mas es preciso zahondar en todas las simas del alma, hasta en las del fango hirviente y venenoso. Es la manera de despertar la compasión redentora.

¡Pobre Lope de Aguirre!

NUESTRO PRIMER EXTRAORDINARIO

Ofrecemos hoy al público el primer extraordinario de ASTURIAS GRAFICA que la huelga general de tipógrafos, de más de un mes de duración, ha impedido su salida el día de Año Nuevo. Por dicha causa nos vemos precisados a unir en éste los números 3 y 4 de la publicación, correspondientes a diciembre de 1919 y enero de 1920. Confiamos en la bondad de todos los amantes de Asturias, lectores de esta Revista, que sabrán perdonar este retraso, ajeno por completo a nuestros deseos.

ASTURIAS GRAFICA ha sido, para honor de nuestra región, el éxito editorial más grande conocido en España hasta la fecha; tanto, que muy pronto estableceremos en sección especial, a petición de importantes entidades de Hispano-América, un BOLETIN INFORMATIVO Y COMERCIAL, como base del intercambio directo de nuestras relaciones con los Centros Asturianos de allende el Océano.